

la santidad de un Dios en sus medios de ejecucion; demos un paso más, y admiraremos igualmente el amor infinito de un Dios en la prodigiosa fecundidad de sus efectos.

TERCERA PARTE.

Hablar detenidamente, católicos, de los efectos de la Pasion y muerte de Jesucristo, es incorporarse de lleno en la sabiduría, el poder y el amor infinito de todo un Dios; es recordar los maravillosos portentos de la regeneracion del hombre, mayores incomparablemente que los de su misma creacion, como lo cantaba el Poeta-Rei. Esta Pasion y muerte ocupaba desde la eternidad á todo un Dios, mantuvo arrobadas en su presencia todas las potestades angélicas; hacia palpar por el deseo de su feliz llegada, durante el curso de cuarenta siglos, el corazon de todos los justos; dió su plenitud y magnífica ratificacion á todos los oráculos de la verdad, restableció la alianza entre Dios y los hombres; regeneró á la humanidad entera, cambiando la faz del mundo; derribó el poder de las tinieblas, cargándole de prisiones en los abismos, humillándole á cada paso en la tierra, y haciendo desaparecer sus obras, representadas en la idolatría cuyos sacrilegos templos fueron anonadados, y en el error judaico cuyo castigo se ha perpetuado como un monumento superior al poder de los siglos. Las pasiones feroces, encadenadas por la masedumbre; la vanidad mundana, humillada con la santa pobreza y su blime abnegacion; el sensualismo asqueroso y torpe, aniquilado con la severidad augusta de la penitencia: hé aquí los gloriosísimos trofeos de Jesucristo muriendo por los hombres. Esa Cruz, á cuya presencia retrocede con el ademán del escándalo la hipocresía judaica, será el principio, el medio y la corona magnífica de la santidad: ese Hombre de dolores, clavado en ella para redimir al mundo, sobre quien lanzó una burlona y despreciativa mirada la vanidosa jactancia del gentil, será el verdadero sol de la inteligencia, el esplendor del talento, la riqueza de la sabiduría y la gloria del genio: ese madero, centro comun de todas las ignominias, cuya infamia no halló una expresion para darse á conocer en la lengua del orador romano, será de hoy mas el trono de la majestad, el centro del poder, el carácter de la grandeza y la aureola de la gloria: todo se reunirá en torno suyo, sometido al irresistible poder de esta palabra profética, que se escapa de los labios de la víctima poco

antes de su Pasion: "Cuando yo haya sido levantado de la tierra, todo lo he de atraer á mí mismo." *Et ego, si exaltatus fuero à terra, omnia traham ad me ipsum.*¹

Seria imposible ciertamente dar cabo feliz á la taréa de ostentar en su inmensa latitud los magníficos, he dicho poco, los omnipotentes y divinos efectos de la Pasion y muerte de Jesucristo. Hemos visto restaurada la verdad con este sacrificio, y manifiesta la sabiduría de un Dios en su plan de salvacion para el mundo; hemos visto admirablemente reparada la mancha que nuestros pecados arrojaron hácia la santidad de Dios, con una expiacion universal é infinita, y restablecida su imágen en la tierra con la renovacion cristiana del hombre: veamos ahora una parte siquiera del inmenso cuadro, considerándole bajo el aspecto de los beneficios que ha traído á la humanidad la Pasion y muerte de Jesucristo.

Si yo pretendiese, católicos, para metodizar mi exposicion, reducir á una fórmula breve los beneficios que debe la humanidad al Sacrificio del Salvador, os diria que esta Pasion y muerte hizo caer de nuestra cerviz el hereditario yugo de la primera culpa, despedazando todas las cadenas con que nos aprisionaba el pecado, sancionó un decreto de libertad para todos los hombres, crió la esperanza, afirmó la virtud, instituyó la santidad, hizo reinar el amor y abrió par en par á todos los hombres las puertas de los cielos.

He dicho en primer lugar que Jesucristo Señor nuestro, con su acerbísima Pasion é ignominiosa muerte, nos libertó del pecado á impulsos de su amor hácia nosotros, quedando así borrado de la humanidad este antiguo sello de su ignominia. Ved cómo explican este maravilloso efecto de aquel sacrificio los primeros evangelizadores del mundo: "Nos amó, dice San Juan en su Apocalipsis, y nos lavó de nuestros pecados en su sangre." "Os hizo vivir consigo," decía el apóstol San Pablo, á los Colosenses, perdonándonos todos "vuestros delitos, borrando la escritura del decreto que estaba contra nosotros, y la quitó de en medio clavándola en la cruz." "¿Cómo encarecer debidamente, católicos, el tamaño de este beneficio? ¿Dónde hallar guarismo para expresar el valor de esta riqueza? ¡El hombre libre del pecado! ¡el hombre renovado en la Sangre de Cristo! ¡el hombre revestido de una pureza mayor todavía que la de Adán, por el valor que recibe del que la restauró en su corazon! ¡el enemigo de Dios hecho de nuevo amigo suyo! ¡el maldito del Paraíso encaminado al cielo! ¡el sentenciado á muerte restituído á la vida! ¡el pestilente abismo de corrupcion y de miseria trasformado

¹ Joann. cap. XII, v. 32.— 2 Apoc. cap. I, v. 5.— 3 Coloss. cap. II, vv. 14, 15.

en angusto santuario de todo un Dios! ¡Ah, católicos! quitado el pecado, desapareció el mal, y vino el bien; murió la muerte, y nació la vida; tornó á la nada la infamia, y apareció la gloria.

Pero no es esto solo: este sacrificio de Cristo fué, no solo una restauracion de inocencia, sino un decreto soberano de libertad; el hombre, bien lo sabéis, gemia terriblemente bajo la tiranía crudelísima del demonio: su entendimiento cerrado á la verdad, su voluntad envuelta en las pasiones, su cuerpo dominado por los vicios, todo él presentaba el aspecto de un réprobo atado de piés y manos y sojuzgado constantemente por el poder de las tinieblas. Mas Jesucristo muere, y con solo esto encadenó para siempre al príncipe de los demonios. "Ahora se llega," decia, refiriéndose á su próxima Pasion, "el juicio del mundo. Ahora el príncipe de este mundo será echado fuera."¹ En efecto, católicos, el momento de aquella muerte fué la aurora de nuestra libertad: ya desde entónces el oprobio de nuestra esclavitud se trasformó en la grandeza de nuestra adopcion, las cadenas de nuestros enemigos cayeron de nuestros brazos; y donde ántes apareciera el sello de la sujecion al demonio, brilló la luz de una corona inmortal. "Los oprobios del Hijo de Dios," decia San Gerónimo, borraron los nuestros; sus prisiones nos "hicieron libres; la corona de dolor que atormentó su cabeza, colocó sobre la nuestra la diadema de su reino; y sus llagas en fin "vinieron á darnos toda la salud." "Jesucristo, dice San Ambrosio, "quiso someterse á la muerte, ¡oh hombre! para librarte de la condenacion eterna." Desde que su Cruz fortalece nuestro corazon, no puede ser dominado por ningun linaje de asaltos. "La concupiscencia no puede reinar," decia San Gregorio, "donde se tiene presente la Pasion del Redentor." Ved pues aquí, hermanos míos, el segundo beneficio: el hombre libre de la esclavitud horrible del demonio, y afirmado contra todos sus enemigos, y árbitro contra todas las pasiones.

¿Qué os diré de la esperanza? Considerad por una parte la dignidad infinita del Hijo de Dios, recordad por otra el carácter e intensidad de sus padecimientos, y decidme si es posible que muera nunca tan consoladora virtud en un corazon verdaderamente cristiano. La esperanza, como bien sabéis, es el juicio seguro de que podemos, con solo quererlo eficazmente, alcanzar la vida eterna. Este bien infinito pide medios análogos infinitos tambien. El hombre no podría encontrarlos y servirse de ellos en solo su naturaleza; pero Jesucristo, tomando para sí esta naturaleza y entregándola toda

¹ Joann. cap. XII, v. 31.

por el pecado á la muerte, hizo dos cosas, por explicarme así: dignificar la víctima, limpiándola de toda contaminacion, para que pudiera ser propicia, y sacrificarla universalmente. La muerte de Jesucristo es la inmolacion de la humanidad entera, de la humanidad sin mancha, de la humanidad absorbida en lo infinito: fué un sacrificio infinitamente puro, infinitamente doloroso, infinitamente santo é infinitamente meritorio. La deuda quedó pagada, y con tal superabundancia, que ni Dios podia exigir mas, ni la humanidad optar un medio de mayor eficacia para renovarse, dignificarse, é immortalizarse en la gloria. Si cada pena interior, cada suspiro de Jesus bastaria para redimir al mundo, pues padeciendo en cuanto hombre, merecia como Dios, ¿qué será, decidme, aquel tormento del alma, para el cual no hallaba comparacion el profeta, y que le llama por fin "un mar de tribulacion?"¹ ¿Cómo ponderar todo lo que padecería la Humanidad santísima del Verbo, cuando los profetas mismos, aun despues de agotar los recursos de la imaginacion y de la lengua, no lo dijeron todo? "El azote de vuestra cólera," decia David, representando proféticamente al Redentor, "ha descargado contra mí: todas las olas de tu furor echaste sobre mí." ¿Qué dirémos del desamparo y desolacion que padeció aquella gran Víctima? "A tu vista están," exclamaba él mismo á este propósito, "todos los que me atribulan: impropio aguardó mi corazon y miseria. Y esperé que "alguno se entristeciese conmigo, y no le hubo; y que alguno me "consolase, y no le hallé." ¿Cómo figurarse aquel infinito padecer: padecer en todo, padecer siempre, padecerlo todo, padecer sin interrupcion y padecer sin esperanza? "Me dieron hiel por comida, dice adelante, "y en mi sed me dieron á beber vinagre: sobre el dolor de mis llagas han acrecentado." "Por tu causa he sufrido afrenta," dice Jesus á su Eterno Padre en la persona de David: "cubrió la vergüenza mi "rostro: he sido hecho extraño á mis hermanos, y forastero á los hijos de mi madre. "Las afrentas de los que te zaherian recayeron sobre mí. Y "cubrí con ayuno mi alma, y se me convirtió en afrenta. Y me puse "silicio por vestido;" (como si dijera: me revestí de la humanidad "para padecer,) "y vine á ser fábula para ellos. Contra mí hablaban los que se sentaban en la puerta," es decir: los jueces y magistrados de Jerusalem, que tenian sus tribunales junto á las puertas de la ciudad,) "y tañian cantares de mí los que bebían vino," (es decir: conducido por el feroz ejemplo de los hombres de autoridad, el populacho, hasta el populacho mismo descargaba sobre mí todo el furor de su lengua,) "abatiéndome con la burla y despedazándome

¹ Jerem. Tren. cap. II, v. 13.

"me con el sarcasmo y el impropio." ¹ Esta pintura profética, no solo igualada sino excedida por la dolorosísima realidad, basta ciertamente para comprender lo que fué la Pasión y muerte del Redentor del mundo para la humanidad en la cuestión vitalísima de su esperanza. Esta salió toda, inmensa, infinita y gloriosa, del sepulcro de Cristo, y desde entónces el cielo quedó brindando con sus infinitos goces á cuantos abrazasen la Cruz.

La naturaleza humana estaba enferma, y enferma de muerte: por algunos justos del pueblo escogido, que se salvaban del crimen por la fuerza que les daba su fe en el Mesías, el resto del mundo yacía hundido en el espeso caos de los errores, había naufragado todo en el piélago de los vicios, agitado por los borrascosos y encontrados vientos de todas las pasiones. Era necesario que la virtud resucitara, se fecundara ó hiciese brillar sus esplendores en toda la tierra: he aquí el inmenso *desideratum* de toda la humanidad. ¿Cómo realizarle por solo los esfuerzos de la naturaleza? ¡Imposible! La experiencia estaba hecha, y la imposibilidad humana probada con todos los criterios. ¿Qué demanda la virtud para existir? luz y fuerza. ¿Que supone? combate y victoria. Pues bien, católicos: dos linajes de habitantes vivían entónces en la tierra; los judíos y los gentiles. Ahora os pregunto: ¿habrían podido los primeros apetecer mayor luz y vigor, en su calidad de expectantes? La que despedían hácia ellos las Sagradas Letras, las tradiciones venerables, las instituciones sábias, los caracteres eminentes y los ejemplos ilustres de su historia, era sin duda alguna un oceano de esplendor. ¿Podían los segundos esperar ya de la razón y del carácter moral que ella forma, nada mas de lo que habían adquirido? Su historia es la de la filosofía en sus mas admirables esfuerzos, la de las letras en su mas espléndida magnificencia, la del heroísmo en sus mayores portentos. Sin embargo, no hubo filósofo que supiera sobre Dios y la felicidad la mitad de lo que sabe el niño cristiano; no hubo orador que formara una sola virtud semejante á la del mas ignorado de los justos; no hubo poeta que produjese con las creaciones de su genio el arrebatamiento y admiración del héroe cristiano; no hubo conquistador que hubiera sido capaz de vencerse á sí mismo. ¿Veis esas fastuosas galerías de luces, bellezas, heroísmo y magnificencia con que todavía tientan la admiración, y aun quieren dominar á la edad moderna, los recuerdos mágicos del paganismo? pues no hallaréis un verdadero filósofo, un verdadero sabio, un verdadero héroe, un hombre manso y de humilde corazón.

¹ Véase el salmo LXVIII desde el versículo 21.

Venid, empero, á Jesucristo, contemplad su dolorosa carrera, medid sobre cada uno de sus tormentos, y veréis como con ellos instituyó, radicó y fecundó la virtud en la tierra.

La humanidad, católicos, que como ya os he dicho poco há, comenzó en el orgullo, medió en el placer y acabó en la muerte, tenía que desandar por sí misma este camino: el nuevo edificio había de montar sobre la abnegación, construirse con los materiales de la penitencia y decorarse con los ornatos augustos del espíritu. Pero si este plan, que hubiera sido siempre admirado, no habría podido ejecutarse si el hombre no hubiese tenido acerca de él sino un conocimiento teórico, fué muy practicable desde que pudo ser aprendido en Jesucristo, y sentirse con su espíritu los esfuerzos del combate y los placeres del triunfo. Este divino Maestro dió la bella lección, señaló dos puntos, uno de partida y otro de término, y trazó con sus mismos pasos la línea que del uno al otro debiera recorrerse. "El que quiera venir en pos de mí, decia, nieguese á sí mismo, tome "su cruz y sígame." Sin la abnegación, católicos, no hai virtud posible, como sin los cimientos no hai edificio de concebible realidad. La abnegación prepara, dispone y purifica tambien. Mas este sentimiento se trasforma en acto por el movimiento moral de la vida: nuestra humanidad, negándose ó envaneciéndose, camina desde que sale de la nada hasta que entra en el sepulcro. Jesucristo se niega á sí mismo al hacerse hombre, revistiéndose de nuestra naturaleza, y muestra su abnegación en su cuna naciendo entre pajas. Mas quiere darnos el tema y el tipo de nuestra vida moral, y por esto añade que llevemos nuestra cruz. Esta cruz, emblema significativo de todos los trabajos y penalidades del hombre, le persigue desde que salió del Paraíso; mas había sido para él un objeto de repulsa. La humanidad no podía vivir sin dolor, pues la sentencia estaba dada ya, ni el dolor podía dejar de perseguir al hombre, pues Dios le había instituido en la tierra con la triste misión de castigar el pecado; pero el hombre le conjuraba con todo su pensamiento, con su libertad y con su conducta como el objeto mas detestable. Era necesario para su remedio que sustituyese el odio con el amor, la repulsa con la solicitud; que se abrazase con sus penas: en suma, no solo que viese, no solo que conociese, no solo que no pudiese destruir, sino que estrechase y llevase con amor la cruz de los trabajos. Esta cruz podía tener, no una existencia sino un carácter nuevo, desde que la humanidad la hubiese aceptado; mas para hacerlo dignamente, debía comenzar por la abnegación y dar el paso consiguiente de beber el amargo cáliz. La nueva vida de la cruz exigía la espontaneidad y aun el amor, dos imposibles para la

humanidad, pero dos cosas prodigiosamente fáciles desde que padeció Jesucristo. El fué el primero en llevar esta cruz: despues de él habria sido vergonzoso rehusarla.

Mas aun con todo esto, católicos, el hombre no quedaba enteramente provisto: necesitaba, fuera del precepto y el ejemplo, un medio capaz de vencer las repugnancias de la naturaleza y poder acercarse á este modelo divino. Si la historia nos muestra hombres hechos á la hambre y á la sed, endurecidos en las fatigas de la guerra, y aun conserva los recuerdos del estoicismo, que puede considerarse como el último esfuerzo del orgullo humano; el criterio moral no mira en todo esto ciertamente sino estatuas magníficas, tiradas aquí y allá en el campo de los siglos, que comienzan fascinando y acaban descendiendo al olvido. Ni podia ser de otro modo; porque eran estatuas, figuras materiales, sin movimiento, sin vida, sin accion y sin porvenir. Esta estatua muerta de la virtud humana, como el cuerpo que formó Dios para preparar al hombre, necesitaba un soplo divino que la animase, necesitaba espíritu para tener vida. ¿Cuál podia ser el espíritu que animase la resignacion del hombre con sus propios trabajos? el de aquel que brilló en las tinieblas, el espíritu de Cristo. Por esta razon, despues de predicarnos que nos neguemos á nosotros mismos y tomemos nuestra cruz, añade que le sigamos. El seguimiento evangélico de Cristo tiene un punto de partida que es la abnegacion: *abneget semetipsum*; tiene un apresto para no desfallecer, y es la cruz: *tollat crucem suam*; tiene una forma estrictamente moral, y es el espíritu: *sequatur me*. ¿Qué leccion! ¿qué precepto! ¿qué poder sobre la virtud! Antes del Salvador todos los legisladores, comenzando por el eterno y supremo, que es Dios, habian dicho á la humanidad: "Haced lo que mando;" mas Jesucristo dió á la lei divina una sorprendente y misteriosa plenitud cuando redujo sus preceptos á su imitacion, diciéndonos á todos: "Haced lo que practico, seguidme."

Dicho esto, basta contemplar su vida para comprender la santidad: cada paso de su carrera es un monumento que queda erigido á una virtud sublime: su carrera toda es el glorioso panteon de la santidad. Llamad, católicos, una por una todas las virtudes imaginables, y á vuestra voz irán correspondiendo los pasos de esta dolorosa historia. ¿Queréis ver la abnegacion? No sorprenderé vuestras almas con la Encarnacion del Verbo, las pajas de Bethlehem, la sangre de la Circuncision, el retiro y pobreza de Nazareth, el ayuno del desierto, la fuerza de la tentacion, el bautismo del Jordán, no: dejo atrás esta imponente serie de troféos, para llamaros al Cenáculo. ¿Véis esa reunion? Son los discípulos Jesus, los hom-

bres oscuros, los pescadores de Galiléa; algo más, tambien los publicanos; infinitamente más, tambien el ingrato, el pérfido y traidor Júdas. ¿Véis ese personaje que se levanta de la mesa, toma un lebrillo con agua en sus manos, cuelga de su brazo una toalla y recorre de rodillas ese círculo de hombres miserables, poniéndose á á sus piés, para lavárselos? Es el Unigénito del Padre, el esplendor de su eterna sabiduría, la figura de su sustancia, el Verbo que es desde el principio, Dios hecho hombre; es el prometido á la estirpe deliniente, representado en lo mas ilustre y grande de la historia del pueblo escogido, anunciado con los suspiros de los patriarcas, la voz de los profetas, el carácter de los justos, las funciones del sacerdocio, la magnificencia del culto y todas las instituciones de Israel. ¿Buscáis aquel conjunto de virtudes que en sí contiene la contricion del alma, esto es: la detestacion del pecado, el horror infinito al pecado, la pena por el pecado, &c., &c.? Ved á Jesus en el huerto de Getzemani desfalleciendo bajo la imágen de los crímenes, cuya responsabilidad ante la Justicia divina tenia aceptada. ¿Queréis ver la lucha de la naturaleza contra el dolor? Miradle alejar de sí con un primer impulso el cáliz que se le presenta. ¿Queréis considerar el triunfo sobre todas las repugnancias de la naturaleza? Escuchad esa voz que á nombre de la justicia eterna llama de nuevo á este cáliz mismo que acababa de repugnar: "Padre mio, no se haga mi voluntad, sino la tuya." Hé aquí á Jesucristo, que despues de repeler la cruz, para enseñarnos lo mucho que pesaba, la invoca, la espera, la recibe, la abraza, la acepta con toda la impetuosidad de su amor. ¿Queréis contemplar los primeros pasos de la carrera pública que hace con su cruz, observar los primeros efectos de la virtud con que la tiene aceptada? Vedle desfallecer en el huerto; vedle mojar aquel suelo con un sudor de sangre que provoca el inefable padecer de su espíritu. ¿Queréis un modelo de dulzura, de paciencia y de amor? Vedle recibiendo sobre sus mejillas adorables el ósculo de Júdas despues de haberle llamado con el dulce título de amigo, consentir en su prision, caminar sin quejarse arrastrado por sus verdugos, sufrir los denuestos de sus jueces y las insolencias de las turbas desenfrenadas: contempladle, finalmente, cuando vuelve á Pedro el extraviado, con una mirada que anima con toda la ternura de su amor, la paz, la gracia y la vida. ¿Queréis ver su justicia? Vedle anunciando la desgracia de Júdas, y condenando la conducta de sus jueces. ¿Queréis ver su misericordia, resumiendo, por decirlo así, y excediendo todo el amor que exige de nosotros para nuestros prójimos? Vedle llamando, con una discreta pregunta que hace al que le hiere, las pa-

siones desfogadas al tribunal de la razon, dando un objeto eminentemente moral á las lágrimas con que inundan sus mejillas las hijas de Jerusalem, y enviando al cielo poco ántes de morir una plegaria de perdon en favor de sus verdugos. No seguiré adelante: porque si me propusiese continuar hasta su fin esta manifestacion de las virtudes que formó Jesucristo en la escuela de su Pasion y muerte, me perderia ciertamente, no hai que dudarlo, en un oceano sin orilla y sin fondo.

Si despues de contemplar el tipo venimos á las copias, y de ver el manantial, seguimos el paso de las muchas corrientes que de allí bajan, tendríamos necesidad á cada paso de tomar un respiro para no desfallecer á la vista de esta fecundidad inmensa que se reproduce de continuo sin agotarse en su fondo, de esas virtudes diversas y todas heróicas, hijas queridas de la Cruz. ¿Veis ese mundo, hundido en sangre bendita por espacio de tres siglos que duraron las primeras persecuciones de la Iglesia, reaparecer con todas las gracias purificado, ennoblecido y cubierto de gloria? Es el primer fruto de la Cruz del Salvador: en su costado nacieron aquel torrente de lágrimas y aquel torrente de sangre. ¿Veis esos desiertos, ántes habitados por serpientes y basiliscos, repentinamente convertidos en inmensos y deliciosos jardines donde se respira todo el aroma de las virtudes? Son las plantas que depositó en la tierra, y regó con su sangre, y conservó con su solicitud la Víctima santa del Calvario. ¿Veis esos muros elevadísimos que en el centro de las bulliciosas ciudades encierran como en una isla desierta coros de vírgenes, que han puesto su inocencia bajo la salvaguardia de su austeridad? Son la obra de la Cruz. ¿Veis esas lágrimas enjugadas por el amor, esas penas dulcificadas por la caridad, esas tribulaciones recogidas con placer en el corazon, esa pobreza voluntaria, ese desden hácia el siglo, esa muerte de los sentidos y nobilísima esclavitud de las potencias, que nos hace admirar la historia en la vida de los santos? Esta es la obra de la Pasion y muerte de Cristo. Una Cruz que descuella sobre las cumbres de las espesas montañas, ó junto á las márgenes de los tempestuosos mares, anuncia el asilo que los hijos de Jesucristo abren al extraviado viajero y al navegante náufrago. Una Cruz, mostrándose en las alturas de inmensos edificios, os invita para que visiteis á los enfermos que Cristo ha recogido en sus hospitales; á los huérfanos, ancianos, desvalidos, y generalmente á todos los pobres, familia suya, que ha reunido allí, para darles el pan del cuerpo y el pan del espíritu. ¿Veis esas comunidades religiosas esparcidas por todo el Universo? No escuchéis al siglo que las desprecia, sino acercáos á estudiarlas por vosotros

mismos. Allí están los que se reparten el mundo con su celo, para llevar las luces de la fe, los tesoros de la gracia y los consuelos del corazon á las bárbaras tribus: allí están los que se ofrecen bajo la cuchilla de la austeridad y en el fervor de la oracion, como otras tantas víctimas, para desarmar la justicia del Eterno: allí están los que se dedican á impartir á la doliente humanidad todos los socorros: allí están los que se dan á sí mismos por precio de aquellos que sufren la tiranía del cautiverio: allí están ¿Pero á dónde voi, ni cuándo acabaria si continuase?

El hombre, católicos, aun despues de redimido, ha continuado enfermo; pero su enfermedad no es ya de muerte: bástale querer con eficacia, para conseguir una curacion radical. El mundo aun hoy está lleno de llagas, de miserias y de crímenes; mas contempladle por otro aspecto, y veréis cómo despliega todavía la magnificencia y la gloriosa pompa de la virtud. Hai en él, y son los más, seres desgraciados que quieren perderse; mas tambien existen caracteres venerables que perpetúan en la tierra, con los nobles atributos de la santidad, los mas bellos prodigios de la Cruz; y por esto dije que la Pasion y muerte de Jesucristo instituyó la santidad, hizo reinar el amor, y abrió al delincuente mundo las puertas de los cielos.

¿Qué puede importarnos pues, católicos, que la Pasion y muerte de Jesucristo encubra en su fondo un misterio inaccesible á la razon humana, si por otra parte despide tanta luz, comunica tanta fuerza y prodiga tantos bienes? No vemos el *cómo*, pero sabemos el *por qué* de este sacrificio, y sorprendemos en el pensamiento que le concibe, toda la sabiduría de un Dios. No podemos conciliar estos dos infinitos, el de un Sér divino y el de un Dios que padece en su santa Humanidad; pero á la vista de estos padecimientos, que nos hacen estremecer de terror y espanto, sentimos en el peso de la justicia misma la santidad de todo un Dios, y en la moral de la Cruz venimos á sorprender la virtualidad inmensa y el profundísimo secreto de la cristiana virtud y verdadera grandeza del hombre. Nos confundimos y anonadamos en cierto modo al recorrer las páginas de esa historia donde la humanidad pareció haberse excedido á sí misma en lo que tiene de mas atroz para perseguir á la inocencia; pero mui pronto salimos de este estado de confusion, que parecia tentar nuestra fe, al contemplar esa Cruz cambiando la faz de la tierra, atrayendo el homenaje de todos los hombres, recibiendo el tributo de todos los siglos, dominando todas las eminencias históricas, dando al entendimiento una luz que refleja, digámoslo así, los esplendores de la Sabiduría increada, á la voluntad una fuerza que reprime los ímpetus de las pasiones, á la libertad moral un po-

der superior á toda la naturaleza, para marchar, á paz y salvo de las tentaciones del demonio, del mundo y de la carne, por los rectísimos senderos de la lei divina; y en fin, al corazon humano, siempre solícito de nuevas impresiones, á este mendigo perdurable de placeres y de afectos, un bien infinito capaz de llenar su inmensidad.

Contemplad pues, católicos, este misterio adorable como un cuadro de luz y de verdad, como un tesoro de gracia y de virtud, como una prenda infalible y tierna de amor y felicidad. Si vuestro entendimiento anhela por la ciencia, buscadla en él, diciendo con Pablo: "No quiero saber otra cosa que á Cristo crucificado," y conquistaréis con solo esto, dicho y cumplido, la verdadera sabiduría. Si el desaliento tienta vuestra esperanza con la pena consiguiente á las debilidades de la naturaleza y á las tribulaciones de la vida, decid con ese Doctor incomparable, considerando las tribulaciones como el fundamento de vuestra esperanza, y viéndolas consagradas por la Pasión de Cristo: "Yo traigo en mi cuerpo las señales de Jesus mi Señor." Si la vanidad os acomete, la ambicion os alhaga, los placeres y pompas del mundo extienden sus redes bajo vuestros piés para aprisionar vuestro espíritu, clamad con este maestro profundamente versado en la carrera de la abnegacion: "Léjos de mí el gloriarme en cosa alguna, que no sea la Cruz de "nuestro Señor Jesucristo." Estrecháos en espíritu con este signo sagrado; llevadle con el intento mismo que Jesucristo le condujo; y cuando la vida os atraiga con un excesivo deseo de prolongarla, y la muerte os intimide con el imponente aparato de sus tinieblas, pronunciad con toda la fuerza de la esperanza y del amor estas palabras del Apóstol: "Para mí el vivir es Cristo, y el morir es una verdadera ganancia." Tened la vida presente como la mas resgosa peregrinacion: caminad siempre con la Pasión de Jesucristo en el pensamiento y en la conducta; y estad seguros de que, cuando la muerte llame á vuestra puerta, léjos de verter lágrimas de desconsuelo, dejaréis con todo gusto vuestro cuerpo, como el esclavo sus cadenas cuando suena la hora de su libertad, como una ligadura penosa que detiene los impulsos del amor, y no veréis el sepulcro como el resumidero de la vida y el abismo en que se hunde la grandeza, sino como el augusto, el majestuoso y sublime pórtico de aquella ciudad cuyas puertas no se cierran ni de día ni de noche, ó para mejor decir: de aquella ciudad que no conoce las tinieblas, alumbrada como lo está por esplendor augusto del Sér increado por los siglos de los siglos.

SERMON

PARA EL

DIA DE LA ASUNCION

SOBRE LAS GRANDEZAS

DE LA SANTISIMA VIRGEN MARIA.

*Resperit humilitatem ancilla sue...
ex hoc beatam me dicent omnes gene-
rationes.*

Miró la bajeza de su esclava....
desde ahora me dirán bienaventurada
todas las generaciones.

S. Luc. cap. I v. 48.

A la vista de esa criatura escogida por el mismo Dios para Madre suya, que despues de haber llenado cumplidamente su augusta mision en la tierra, y pagado á la naturaleza el tributo de morir, es arrebatada por los ángeles y conducida en triunfo hasta los cielos para recibir de la Trinidad Santísima la corona de gloria que la estaba preparada, un sentimiento indefinible de admiracion y entusiasmo se apodera del alma, extasiada y como fuera de sí misma, incapaz de sostener el peso de tanta grandeza. Nada mas natural, hermanos míos: porque, si la historia de todos los personajes ilustres que han aparecido en el mundo fuera de Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, nada presenta, no diré igual, pero ni aun comparable con los timbres de María, no cabe tampoco en la gerarquía de los sentimientos uno semejante al que nuestras almas experimentan al meditar el glorioso acontecimiento que hoy celebra la Iglesia nuestra Madre con toda la pompa de su culto.

La mayor gloria de María consiste sin duda en haber estado siem-